

SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES

Día 22 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su celo, fue natural de Rundí, en el reino de Nápoles; nació por los fines del primer siglo, y tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices días de su primitivo fervor, y así es que bebió todo su espíritu.

No contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el Clero, así por su virtud como por su sabiduría, su larga mansión en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los romanos servían de modelo á todas las iglesias del mundo. Venerábanle como á santo y oíanle como á oráculo; y así, habiendo muerto San Aniceto por los años de 168, fue San Sotero elegido unánimemente por su sucesor en la Silla de San Pedro.

No sirvió esta suprema dignidad más que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase más aquella ardiente caridad que fue siempre el carácter de nuestro Santo. Dióle grandes ocasiones para que la ejercitase durante el tiempo de su pontificado el emperador Marco Aurelio por la cruel persecución que excitó contra los cristianos. No fue sólo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fue testigo, y á un mismo tiempo admirador, de su magnanimidad y de su constancia. Unos, enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros; otros, sepultados en las minas; éstos, despedazados en los cadalsos; aquéllos, expuestos á las fieras en los anfiteatros. Este era el espectáculo que ofrecían á los ojos del mundo los cristianos cuando San

Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia; con que tuvo ocasión de emplear toda su vigilancia y su desvelo en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su celo en remediarlas.

Imitando la caridad de los santos pontífices sus predecesores, ó siendo más feliz en los medios de explicarla, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, enviándolas, como lo hizo, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañadas de instrucciones muy saludables en las cartas que las escribía, en que exhortaba á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecían por amor de Jesucristo, y que les merecían la corona del martirio.

Pero el que así atendía á que se comunicasen los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo podría olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos y á su vista? Era, pues, digno de la mayor admiración ver á aquel gran Papa, oprimido de años y trabajos, buscar en persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus ejemplos y mantenerlos con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro Santo á ningún pobre excluía, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que actualmente estaban padeciendo por Cristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que escribió San Dionisio, obispo de Corinto. *Desde luego, dice, te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los*

hermanos, enviando á muchas iglesias con qué mantenerse; aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas; en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. Nuestro bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir, con imitar sus ejemplos, sino que hace excesos á su caridad; no sólo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándose las á los santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos y los asiste con sus socorros.

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que los hacía; alentábalos, manteníalos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor, y así se leían con veneración en las iglesias. *Hoy vemos celebrado el santo día del domingo, continúa el santo obispo de Corinto, y hemos leído vuestra epístola, que proseguiremos leyendo para nuestra instrucción.*

Ni se dedicó con menor aplicación á cortar, prevenir y atajar todo cuanto podía corromper la pureza de la fe que los herejes pretendían alterar, principalmente después de la muerte de los Apóstoles. Opúsose con vigor y fortaleza á los montañistas ó catafrigas, cuya herejía comenzó á asomar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentía y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años después no se echaba mano de otras armas para combatir contra Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á las necesidades de la Iglesia, expidió varios decretos, entre los cuales hay uno que prohíbe á las vírgenes consagradas á Dios tocar los vasos

y ornamentos sagrados, como también suministrar el incienso en el oficio divino. Gobernó San Sotero la Iglesia por espacio de nueve años, y no podía faltar la corona del martirio á una vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el Infierno parecía haberse desencadenado contra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el Pastor no se escapase al furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro Santo ilustró la fe, en todos los Martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á los santos San Silvestre y San Martín. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. También guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las conservan con mucha veneración.

El mismo día celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia, y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religión. No se sabe con qué ocasión se vino á Roma; y sólo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el celo de la religión y por su vida ejemplar fue recibido en el Clero con general gozo de todos, y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Y como universalmente estaba reputado en Roma por uno de los más santos clérigos de la Iglesia, muerto el papa Eutiquiano el año de 283, no se deliberó un punto sobre colocarle en la Silla de San Pedro.

Hallándose Cabeza de los obispos y Padre común de todos los fieles, dio bien á conocer que estaba eminentemente dotado de todas las prendas necesarias

para desempeñar tan elevado empleo. El celo, el valor, la prudencia, la heroica virtud y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le acreditó desde luego por uno de los más dignos pontífices que había logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solicitud, el caritativo desvelo y las fatigas de este santísimo Papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecuciones y de trabajos. Como los cristianos se veían precisados á estar escondidos en los bosques y sepultados en las cavernas, el santo Pontífice por algún tiempo tomó también el mismo partido de esconderse, para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorríalos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero, renovada presto la persecución contra los cristianos con mayor furia que nunca, en todas las plazas públicas, esquinas y encrucijadas de las calles colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar ni vender sin haberlos antes incensado, y ni aun se podía sacar agua de las fuentes y los pozos públicos, sin ofrecer primero estos impíos sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo Pontífice ordenó á Cromacio, que había sido prefecto de Roma, y era á la sazón uno de los más fervorosos discípulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habían refugiado en ella; y aunque deseó que San Sebastián fuese también en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él asistiese cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dio orden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó á los dos hermanos Marco y Marceliano, y de presbítero á Tranquilino, su padre. Vivían todos juntos en casa de un oficial del emperador, llamado Cástulo, celosísimo cristiano, el cual tenía cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo más alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los días, y el santo Pontífice los apacentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el Pan de los fuertes y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano y muy distinguido entre todos por su celo de la religión, conducía cada día algún nuevo neófito, á los cuales bautizaba San Cayo después de haberlos instruido.

Mientras nuestro Santo se ocupaba día y noche en estas obras de caridad y religión, vinieron á decir á su hermano San Gabino qué Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedía á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo Papa, envió á llamar á su sobrina, la cual, informada del ánimo del Emperador, venía á echarse á los pies de su santo tío para pedirle su bendición y disponerse para el martirio. La conferencia fue breve, pero tierna. *Ya sabéis, amado tío mío* (dijo la santa doncella), *que, habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar la mano á otro esposo que á Jesucristo, y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolución; pero, llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, espero que antes me arrancarían mil almas del cuerpo que la fe del corazón, y que no hará ni aun titubear la determinación de vuestra humilde sobrina.* Deshacíanse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero, más enternecido que todos nuestro Santo, se contentó con darla su bendición, y con exhortarla breve pero patéticamente á la perseverancia,

y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó Santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos, y todos cuantos estaban en Roma con nuestro Santo tuvieron la misma dicha y consiguieron la misma victoria. San Cayo la alcanzó poco después, conservándole Dios, al parecer, sólo por que lograrse el consuelo de enviar delante de sí al Cielo aquella ilustrísima tropa; siendo cierto que sus gloriosos trabajos y felicísimas fatigas le habían hecho muy digno de la corona del martirio. Padecióle el 22 de Abril del año 296, habiendo ocupado la Silla de San Pedro doce años y algunos meses. Fue enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fue trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre, y en Novelara de Italia se conserva parte de sus preciosas reliquias.

SAN LEÓNIDES, MÁRTIR

En la ciudad de Alejandría nació, por los años 160 de Jesucristo, el ilustre mártir Leónides, padre del gran orador y sabio profundo Orígenes. Era San Leónides una de las principales personas de Alejandría, notable, tanto más que por su posición, por las excelentes perfecciones en que brillaba con todo género de virtudes cristianas.

Viviendo tranquilo nuestro santo Leónides en compañía de su familia, disfrutando en amable paz de la gracia del Señor, y viéndose respetado de todos sus conciudadanos, subió al imperio Severo, enemigo cruel de los cristianos, y terrible perseguidor de la Iglesia.

Inmediatamente que tomó posesión de su alta dignidad, dirigió á todos sus gobernadores la orden de invitar á todos los cristianos para que abjurasen su religión, so pena de ser castigados cruelmente. El prefecto de Alejandría, digno emisario del tirano Severo,

redujo á estrecha prisión al virtuoso Leónides, que se negó á quemar incienso ante los falsos ídolos. Sepultado en un profundo calabozo, fue atormentado con bárbara impiedad, pero lejos de acobardarse ante los suplicios, demostró con cánticos y oraciones lo dispuesto que se hallaba á sellar con su sangre la doctrina inmortal de Jesucristo. Su hijo Orígenes, á quien su madre no permitió salir de casa por miedo de que le degollaran, escribió una magnífica carta á su padre, en la cual le animaba á ser fuerte en defensa de Jesucristo. Después de haber empleado inútilmente la amenaza y el ruego, el virtuoso San Leónides fue decapitado por la fe de Jesucristo, logrando la corona de mártir el día 22 de Abril del año 202.

La Misa es en honra de los Santos Sotero y Cayo, y la oración la que sigue :

Suplicárnoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y Cayo, y que su venerable intercesión nos sirva de recomendación para Vos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del Apocalipsis de San Juan, cap. 19.

En aquellos días: Después de esto, yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el Cielo, que decían: Alleluya: salud y gloria y virtud sea á nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó á la gran ramera que corrompió la Tierra con su prostitución, y vengó la sangre de sus siervos, que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Alleluya: y el humo de ella subió por los siglos de los siglos, Y los veinticuatro ancianos, y los cuatro animales se postraron y adoraron á Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amén; alleluya. Y salió del trono

una voz que dijo: Dad alabanza á nuestro Dios, vosotros todos sus siervos, y vosotros que le teméis, pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decían: Alleluya: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa está ya adornada. Y se le ha dado á Él para vestirse de viso candido y resplandeciente. Porque el viso son las justificaciones de los santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero.

REFLEXIONES

Bienaventurados los que son llamados á la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la Corte Celestial, la bienaventuranza eterna que esta cena y estas bodas representan, es lo único que puede hacer á un hombre verdaderamente feliz. Como sólo Dios puede llenar nuestro corazón, sólo El puede saciar nuestros deseos; cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Sólo Dios puede contentar un alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazón. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando en propiedad, son dichosos de teatro y felices de representación como personajes de comedia. Toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, aunque manden como reyes ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y más natural de los dichosos del siglo.

Por más que me esfuerce, decía San Agustín, á

llenar el inmenso vacío de mi corazón con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligación de servir á mi Dios. Al paso que es cosa dura y amarga negar la obediencia ó sacudir el yugo de la sujeción á tan dulce como amable dueño, á ese mismo paso no la hay más suave ni de mayor consuelo que amarle y que servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos y jamás les conceden un día de tregua ni de reposo. Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor cuyo enojo será algún día motivo de desesperación á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligación, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupción del corazón humano, es á lo menos tan sólido y tan puro, que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el día de la fiesta ó del regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la extravagancia de no pocos: es un gusto permanente y que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin dolor y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda, manchan la honra y alteran la salud: es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo por la tranquilidad, por la satisfacción que causa al que la disfruta. A las demás diversiones no se las toma el gusto sino por la pasión que las da todo el sainete: el gusto que se siente en cumplir

cada uno con su obligación y en servir á Dios no admite otro sainete que el que le da la razón.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí, y en quien Yo permanezco, da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en Mí, será echado fuera como el sarmiento, se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego y arderá. Si permaneciereis en Mí y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisieréis, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto y seáis mis discípulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado Yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como Yo he guardado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACIÓN

De las recaídas.

PUNTO PRIMERO.—Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en él pecado es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos se escapan de los mayores males, pero pocos se levantan de las recaídas. En lo moral, el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaídas en las enfermedades, lo más común, suelen causarse por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez y no quedaron del todo

corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que estos nuevos pecados no sean todavía efectos de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaída. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en orden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia; es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolución. ¡Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces vemos cada día, que son menester alegar para obligarnos á mudar partido, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial, por aquel errado dictamen que había impreso en nuestras almas una pasión tan nociva como vehemente! Pecadores y penitentes, casi en una misma hora presumimos pasar de un extremo á otro sin pasar por el medio. Amar lo que poco tiempo ha se aborrecía, tomar ya gusto en lo que se acababa de detestar como el mayor mal de todos los males, buscar con ansia aquello mismo de que habías resuelto huir, aunque te costase la vida: volver á tragar con apetito lo que acabas de vomitar con horror. Motivos, razones, religión, eternidad, cólera de Dios, Infierno, nada hace ya fuerza; todo desaparece de repente, todo es inútil. ¡Y se persuadirá á que era verdaderamente penitente el que tan de golpe y con tanto descaro pasa á ser un público, ó á lo menos un intrépido pecador!; ¡el que no conserva ni aun la menor reliquia de la antecedente penitencial! Esas imaginarias conversiones, seguidas de prontas recaídas, son, hablando con propiedad, ciertos intervalos de frío que preceden á los accesos más violentos de la calentura. Son, á lo más, una suspensión de armas que sirve para volver á la guerra con mayor furor: esa facilidad en mudarte no arguye que se mudaron los principios por donde te gobernabas. Gemiste á los pies del confesor; te sentiste movido y aun penetrado de dolor de tus pecados;

llegó este dolor hasta arrancarte suspiros del corazón y lágrimas de los ojos. Esto quiere decir que la gracia fue bien fuerte, que fue extraordinario el movimiento que el Espíritu Santo imprimió en tu corazón. Pero si al punto te volviste á enredar en los antiguos lazos y en las primeras ocasiones; si dentro de ocho días, y acaso al día siguiente, resucitó el pecado que parecía muerto, y aquel enemigo, vencido, desarmado, arrojado del corazón, destruido, aniquilado, se halla un momento después tan fuerte, tan dueño de la plaza como si Dios nunca lo hubiera tomado; todo esto ¿querrá decir que la penitencia fue muy sincera? Las prontas recaídas forman por lo menos una vehemente presunción de que el dolor fue fingido, el propósito imperfecto, la reconciliación falsa, la confesión nula. Y esto que se dice de las culpas graves, á proporción, se debe entender también de las leves. ¡ Oh Dios mío, cuántos falsos arrepentimientos, y cuántas penitencias aun todavía más falsas, descubrirán algún día las frecuentes recaídas!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, si la falsa penitencia es la causa más ordinaria de las recaídas, no es menos cierto que la impenitencia es también el efecto más natural de ellas. El que vuelve á caer tiene motivo para sospechar que no se levantó bien, y no le tiene menor para temer que no se volverá á levantar.

Quando el diablo fue una vez arrojado del alma, si vuelve á entrar en ella, dice el Salvador, lleva consigo otros siete espíritus infernales, más perversos que él, para que puedan hacer más larga y vigorosa resistencia á la gracia. Y el enemigo que volvió á ganar el puesto que había perdido, ¿será menos vigilante después que lo había sido antes de perderle? Habiéndole enseñado la experiencia por dónde puede abrir brecha la gracia, ¿se descuidará en guardar mejor y fortificar más los parajes más flacos y más expuestos? ¡Cuántos esfuerzos hará

para evitar la confusión de otra segunda sorpresa!

Una recaída, en cierta manera, da más fuerza á la inclinación que tenemos al mal que cien actos repetidos antes de la penitencia. El pecado que se comete después de una verdadera conversión es, en cierto modo, más grave que todos los que se cometieron antes de ella. Porque para cometerle fue menester apagar todas las ilustraciones que nos alumbraron para salir del mal estado, todos los auxilios que se habían recibido, todos los buenos propósitos que con tanta generosidad se habían hecho. Pecóse, teniéndose muy presente todo lo que podía dificultar la resolución de pecar; atrepelláronse todos los estorbos que podían detener la ejecución: verdades eternas, castigos terribles, misterios tiernos de la redención, sangre preciosísima del Redentor, cuya superabundante virtud se había recibido en el uso de los sacramentos durante el tiempo pascual; todo se inutilizó; venció la pasión y arrastró la inclinación al pecado. ¿Qué estrago no hará un torrente tan impetuoso que fue capaz de romper diques tan fuertes, y qué cosa podrá bastar á detenerle?

No se convirtieron los demonios, porque ofendieron á Dios con pleno conocimiento del pecado que cometían. Los pecados de recaída se cometen, por lo común, con una eterna malicia, y así merecen todo el rigor de la divina Justicia. Por eso á ningún pecador convirtió el Salvador del mundo á quien no le hiciese esta prevención: *Guárdate bien de volver á pecar, no te suceda alguna cosa peor.* ¡Y, después de esto, se miran tan á sangre fría los pecados de recaída! ¡Y no asustan al alma las reincidencias! ¡Y, después de haber confesado y comulgado en tiempo de Pascua, se vuelve otra vez á meterse en las mismas ocasiones de pecar!

Adorable Salvador mío, si hubiéramos de juzgar de

Vos como juzgamos de los hombres, la salvación de estos pecadores relapsos sería desesperada. Verdad es que tienen más motivos para temer que para esperar; mas no por eso se agotaron vuestras misericordias: la misma sangre que los lavó tantas otras veces, puede también lavarlos ésta, porque igualmente corre por vuestras divinas venas. Todo lo podéis ioh gran Dios! Cuanto mayores y más enormes fueren nuestros pecados, mayor y más gloriosa será la misericordia con que nos los perdonaréis. Conozco toda la malicia de mis culpables recaídas; veo todas las funestas consecuencias de los pecados de reincidencia; no permitáis, benigno Salvador mío, que tenga la desgracia de volver á caer en ellos.

JACULATORIAS

No permitáis, Señor, que los enemigos de mi salvación logren la satisfacción de ejecutar los malignos intentos que tienen contra mí.— *Ps. 34.*

No permitáis que digan: Ya está perdido, ya le hemos tragado.— *Ibid.*

PROPÓSITOS

1. La experiencia enseña, que á una verdadera conversión se sigue casi siempre un eterno divorcio con el pecado. Si sucede alguna vez que se vuelva á caer en el mismo infeliz estado de donde efectivamente se había salido, nunca es de golpe; porque es menester algún tiempo para borrar la memoria de una contrición amarga. No se comienza por los pecados graves; vanse poco á poco dejando los ejercicios espirituales; cométense mil pequeñas infidelidades á las divinas inspiraciones, y se va disponiendo el alma á cometer otras mayores. Pero, cuando la recaída es muy inmediata á la conversión, hay muchos motivos para desconfiar de

ella. Si quieres tener señales menos equivocadas, poco inciertas de tu verdadera reconciliación con Dios, observa cuánto es tu cuidado, cuánta tu aplicación, cuánto tu fervor en hacer todo lo que le puede agradar, y en huir de todo lo que puede ofenderle. El enfermo que en su convalecencia no guarda una gran dieta, y no quiere abstenerse de todo lo que le puede hacer daño, da justo motivo para creer que puede más con él la fuerza del apetito, que el amor de la salud. Pues ¿quién no ve que una persona que visita, que trata, que cultiva indiferentemente la correspondencia con todos aquellos que pueden corromper su alma y estragar su corazón; que concurre con gusto á todos los parajes donde se respira un aire contagioso, donde el suelo está resbaladizo, y cada paso es un peligro; quién no ve, digo, que esta tal persona no tiene mucho horror á las recaídas? Desvíate de todo cuanto pueda servirte de peligro.

2. ¿Quieres no volver á caer? Pues haz reflexión sobre la causa más visible de tus precedentes recaimientos. ¿No fue aquella visita, la lección de aquellos libros, aquella conversación, aquella correspondencia, el haber dejado aquella devoción, aquel ejercicio espiritual, el no haberte mortificado en aquella ocasión, el haberte descuidado en el cumplimiento de las obligaciones de tu estado? La relajación y la tibieza necesariamente van disponiendo para las recaídas. Escribe hoy mismo la causa particular de aquellas reincidencias, de aquella funesta vuelta al vómito del pecado, de aquella tibieza, de aquella relajación, de aquellas pasiones que volvieron á resucitar. Todas las mañanas, al acabar la oración, ó al ofrecer las obras del día, lee el papel de estos saludables apuntes, imponte una penitencia ó una considerable limosna, para todas las veces en que te expusieres á algún peligro.